

LOS MEDICOS RECUERDAN SU EXPERIENCIA INOLVIDABLE

Profesor Elmo R. Ponsdomenech

Por Rogelio Franchi de Alfaro,
de la Redacción del DIARIO DE
LA MARINA

I
LA Medicina, ha dicho Marañón, es una de esas actividades que exigen una vocación de superior categoría y que requiere una atracción intransferible hacia su objeto, espíritu de sacrificio y aptitudes específicas. Sólo así puede explicarse la carrera ascendente del doctor Elmo R. Ponsdomenech, cuando alternaba hace veinte años sus estudios de Anatomía —vasos, huesos y músculos en memoria y acción— con la corrección de pruebas del periódico El Mundo, entre el plor a plomo de los linotipos y el curlido de cajistas y "regenter". Por sobre las madrugadas perfumadas de frases y chacarrillos de José Zacarías Tallet, Regio Pedrosa, Valdés Rodríguez, el "chamaco" Longoria y Pablo Orella, surgía siempre la anécdota hospitalaria del ya entonces auxiliar del eminente Nicolás Puente Duany en el Hospital Mercedes.

Después de allí, selección de material para magazines dominicales, cuentos criticados —como apunta orgulloso— oratoria en ciernes y prosa rebelde para enjuiciarla con Frau Marsal, Francisco G. Campesador y Miguel Angel Tamayo. Y, al final de todo ese pasado que en él es gloria y orgullo, la vocación primaria que se abre paso y conquista posición cimera.

"Periodista frustrado? No, nos responde. La labor de la prensa y sus personeros forman parte de mis más íntimos orgullos, pasión y recuerdo, formación y meta".

II

M. S. nos cuenta, cuya sonrisa le alegró el alma hace unos días con motivo del Día del Médico, le hizo vivir una de sus experiencias inolvidables. Padecía ella de una estrechez de la aorta, cuyo caso había sido estudiado en el Servicio del Profesor Castillo por los doctores Inclán y Besto. Hasta entonces, sólo un caso se había operado en Cuba con éxito y tenía delante la decisión quirúrgica más difícil que se le había presentado, puesto que la muchachita —once años de edad— presentaba, además, de la estrechez de la aorta, una comunicación entre ésta y la arteria pulmonar.

Decidió operarla y no puede olvidar aún las galerías llenas de estudiantes —era el comienzo de la cirugía del corazón y los grandes vasos— y la mesa de operaciones rodeada de cámaras de películas y por distinguidos compañeros —Pereira, Besto, Suárez Pupo, entre otros— que iban a presenciar la intervención.

Todo iba saliendo muy bien hasta llegar a la sección del segmento estrechado. En ese instan-



Corrector de pruebas de un colega matutino, estudiante aventajado y, hoy, una de las glorias de la cirugía cubana, el Profesor Elmo R. Ponsdomenech nos relata sus "experiencias inolvidables" en amena charla.

te, dos pinzas especiales interrumpen toda circulación entre la porción superior de la aorta y la inferior. Pues bien, mientras iban ligando algunos vasos intercostales, la pinza superior fue corriendose y, sin esperarlo, un verdadero torrente de sangre llenó el campo operatorio. Fue un momento, nos dice el Profesor Ponsdomenech, de pánico y de suspense. Dios quiso, sin embargo —nos agrega— que pudéramos apretar entre los dedos aquel cabo que sangraba con una presión de 220 mm. de Mercurio y con la ayuda de nuestro anestesista, el doctor Luis Ricardo que pasaba sangre sin cesar, logramos cohibir la hemorragia y hacer las suturas que hoy, después de tres años y medio, ha permitido que la sonrisa de una señorita simpática nos alegre y nos aliente".

III

Siempre ha preocupado al Dr. Ponsdomenech el sufrimiento de los sujetos que padecían cánceres inoperables del estómago, y en 1947 aprendió con Brunschwig su técnica para la resección de esos tumores.

Un día en la Guardia de Cirugía de Urgencia del Hospital Universitario le llegó un hombre con una perforación gástrica. Operado, resultó tener uno de aquellos tumores donde parecía que no podía hacerse algo. Lo suturaron y lo prepararon para la gran intervención. Antes había consultado el caso con su maestro, el profesor Ricardo Núñez Portuondo, —"a quien debemos lo que somos", dice, quien lo alentó y una mañana emprendió la tarea.

El tumor invadía el páncreas, el bazo, el hígado, el diafragma, el colon y, por supuesto se extendía a todo el estómago. Se hizo

la resección completa del estómago, de parte del esófago, de parte del páncreas, de un trozo del hígado, de parte del diafragma, de parte del colon y lo que llamamos los epilones. Lueca un enorme la pieza reseçada, que se sobrecogieron los que intervenían, ya que era la primera vez que en Cuba se realizaban esas resecciones masivas.

"Pero ha sido inolvidable, porque aquel hombre sobrevivió 8 años a su operación, trabajando de maestro de obras, al punto de que su caso fue comentado en la revista americana "Cancer" por Brunschwig y, además, porque no podemos olvidar una nota jocosa que se produjo al extraer la pieza operatoria. Un compañero, distinguido cirujano que nos auxiliaba, el Dr. Rodríguez Lugo, dijo al tomar la pieza en sus manos ¿qué es lo que echo al cubo, la pieza o el hombre? Ocurrencia que calmaba la angustia del momento y que el propio Brunschwig iba a rer después en una de sus visitas a Cuba", termina el doctor Ponsdomenech.

IV

Quizás pudiera decirse que cada caso de corazón que opera el Dr. Ponsdomenech, ahora y cuando lo haga con corazón exangüe, es una verdadera experiencia inolvidable. Lo que se tiene en las manos es la propia vida y un fallo es ofender esa vida a la muerte. Pero hay algunos casos que no se olvidarán nunca. Allí vamos.

Cuando en junio de 1950 operaba nuestro entrevistado su primer caso de estenosis mitral, no se le escapaba la trascendencia de aquella operación. Se trataba de una muchacha que durante años había tenido que permanecer en cámara de oxígeno, pues

fuerza de ella no podía respirar. Fueron días inolvidables realmente, puesto que operar un corazón parecía cosa de otro mundo.

Comenzó la operación, ya con la tensión que su trascendencia imponía, hasta que avanzadas las etapas, casi terminada la operación, un paro cardíaco se presentó y parecía que la muchacha no sobreviviría. El masaje cardíaco continuado y la administración de medicamentos apropiados en estos casos hizo que el músculo cardíaco se volviera a contraer y que los corazones de los allí presentes latieran más aprisa. Se había triunfado sobre la muerte, sobre la muerte aparente, claro está. Y a quel corazón vagabundo a quien se le antojó en mal momento tomarse un descanso no retribuido, hoy se contrae a sus anchas cuando su dueña lo lleva a montar la montaña rusa...

V

El Profesor Elmo R. Ponsdomenech es graduado de la Universidad de La Habana, habiendo sido Médico Interno y Cirujano Residente por oposición del Hospital Universitario.

Tomó cursos de posgraduados en el Massachusetts General Hospital de Boston, Memorial Hospital y Mount Sinai, de New York. Fue instructor de la Cátedra de Operaciones hasta hace dos años.

Pertenece a la Sociedad Nacional de Cirugía, a la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana y a las sociedades cubanas de Gastroenterología, Angiología, Cardiología y otras.

Ha sido invitado como disertante por la Sociedad Romana de Cirugía, la Sociedad Plomontesa de Cirugía, el Instituto Politécnico de Barcelona y Hosped de Honor del VIII Congreso Internacional de Cirugía celebrado en Madrid, así como Delegado al Congreso Interamericano celebrado en Chile.

Pertenece a diversas sociedades extranjeras, entre ellas al Colegio y a la Sociedad Internacional de Cirugía, a la Academia de Ciencias de México, a la Peruviana de Cirugía y otras instituciones médicas sudamericanas.

Sus trabajos publicados son numerosísimos sobre materias que abarcan las vías digestivas —estómago, hígado, colon, etc— el corazón y los grandes vasos, el pericardio, etc. Debe señalarse como muy principal la "punción cardíaca en el hombre", trabajo realizado por primera vez en el mundo, en unión del doctor Besto Núñez y su publicación sobre el tratamiento de los sangramientos digestivos altos, ambos muy comentados.

Actualmente es cirujano de la casa de salud La Benéfica, del Centro Gallego de La Habana y del Hospital de la Policía Nacional.